

# La página viva

## Un hombre por el camino

José de la Colina

*Yo soy un hombre que ha salido de su casa por el camino, sin objeto, con la chaqueta al hombro, al amanecer, cuando los gallos lanzan al aire su cacareo estridente como un grito de guerra y las alondras levantan el vuelo sobre los sembrados.*

*De día y de noche, con el sol de agosto y con el viento helado de diciembre, he seguido mi ruta al azar, unas veces asustado ante peligros quiméricos y otras sereno ante peligros verdaderos.*

*Para entretener mi soledad he ido cantando, silbando, tarareando canciones alegres o tristes, según el humor y el reflejo del ambiente en mi espíritu.*

*A veces, al pasar por delante de una casa del camino, cantaba más alto, gritaba, quizá con jactancia, queriendo ser escuchado.*

*“Alguna ventana se abrirá —pensaba—, y aparecerá un rostro simpático y jovial”.*

*No se abría ninguna ventana, no salía nadie; yo insistía cándidamente, e iban brotando de aquí y de allá caras torvas, miradas hostiles, gente en guardia, que apretaba el garrote entre las manos huesudas.*

*—Quizá les he ofendido —discurría yo—. Esa gente no quiere nada conmigo —y seguía mi marcha al azar, con la chaqueta al hombro, sin objeto, cantando, tarareando y silbando...*

*Durante mucho tiempo la soledad, el graznido de las lechuzas, el aullido de los lobos me llenaban de angustia y de inquietud. Entonces intentaba acercarme a la ciudad; pero al querer entrar en ella me paraban en la puerta y me ponían como condición el dejar a la entrada unos sueños gratos, más gratos que la vida misma.*

*—No, no; prefiero volver al camino —murmuraba.*

*Algún camarada me dice:*

*—Descansa aquí. ¿Por qué no vivir entre las gentes? Hay remansos tranquilos, rincones*



Pío Baroja

*donde los hombres no nos miramos torva y amenazadoramente.*

*—Amigo —respondo—, soy un hombre de paso, que se mueve y no arraiga, una hoja en el viento, una gota de agua en el mar.*

*Ahora la soledad no me entristece ni asusta. Ahora conozco el árbol en que cantan los ruiseñores y la mirada confidencial de la estrella y encuentro suaves las inclemencias del tiempo y admirables las horas silenciosas del crepúsculo en que una columna de humo se levanta en el horizonte.*

*Y así sigo, con la chaqueta al hombro, por este camino que no he elegido, cantando, silbando, tarareando.*

*Y cuando el Destino quiera interrumpirlo, que lo interrumpa. Yo no protestaría.*

Pío Baroja, *Bagatelas de otoño*.

\*\*\*

Don Pío Baroja —un hombre casi sedentario que de día y de noche, bajo boina y detrás de antiparras y bufanda, dedicó su vida a escribir miles de cuartillas con una letra menuda y una prosa sobria, seca y directa, algo desaliñada pero no torpe como pretenden algunos críticos—, fue autor de un centenar de libros en todos los géneros: cuento, novela, teatro, ensayo, memorias y sedicente “poesía” (en sus octosilábicas y

romancescas *Canciones del suburbio*). Sobre todo es recordable por algunas de entre sus sesenta obras narrativas, escritas con una prosa seca y desnuda que nunca, en su muy extensa carrera literaria, cambió de manera, de estilo o de “técnica”, y en las cuales exaltaba la vida de acción, de vagabundia y de aventura (*La busca*, *Zalacaín el aventurero*, *Las inquietudes de Shanti Andía*, *El laberinto de las sirenas*, *El torbellino del mundo*, etcétera). Entre su centenar de títulos hay hasta uno de versos octosilábicos que imitan los romances populares: *Canciones del suburbio*, pero no se busque allí su verdadera vena poética, sino en algunos momentos meramente narrativos o descriptivos y en los pocos intermedios líricos de sus novelas, ensayos y libros de memorias.

En este fragmento entresacado de las *Bagatelas de otoño* (un tomo de sus memorias de bello título global: *Desde la última vuelta del camino*), en esta página viva escrita en un “acto” de *wishful thinking* y en un tono casi baudelairiano de poema en prosa, Baroja, el escritor realista, amargo, duro, el anarquista “de corazón”, muchas veces arbitrario e injusto pero al parecer siempre sincero, fantasiosamente autodefinido como “hombre humilde y errante”, se sueña vagabundo en inciertos caminos propiciadores de la quimera, en abiertos paisajes erizados de posibles peligros pero preferibles a los espacios cerrados, a las populosas y antañonas ciudades donde el quimérico aventurero llevaba una cotidianidad monótona de escritor en casa, de tertuliano de café, de paseante de las mismas calles de siempre. Es el Baroja que, escapando de una mediocre realidad gracias a la escritura, añora “la verdadera vida”, la vida de horizontes abiertos, la vida de vagabundo romántico, entregado a los caminos y al azar. ■